

Caeremos también en el tópico si apuntamos: «¿Qué decir de Picasso en 1957, que no haya sido dicho en este medio siglo, en el que el malagueño ha sido el punto sobre el que ha girado el ambiente del arte de nuestro tiempo? Pero la última exposición de Picasso en Barcelona, no puede ser silenciada, y tendremos que encontrar conceptos para una glosa de la misma, como se encontraron para su anterior exposición de grabados, y como se encontrarán en su futura —y anunciada— exposición de pinturas en su totalidad.

Picasso ha retornado siempre sobre sí mismo. Es el hombre que yendo de uno a otro extremo de la forma —con más exactitud, de la forma emotiva a la forma pura, y como final hacia lo decorativo— ha sabido mantener una constancia en su intencionalidad estética, que podemos calificar de única en el arte contemporáneo. Los problemas que a Picasso ha presentado la pintura, y toda la gama de las artes plásticas en general, han sido superados por su capacidad de esfuerzo creativo, y su fé inquebrantable en su propio valer, como artista concluso y concluyente. Sí, el malagueño siempre se ha presentado así en sus obras, un hombre concluso, concluyente, que no persigue el problema por sí mismo, sino como hecho motivado por su apetencia artística. El arte para él es un hecho esencial y lógico. La búsqueda de una forma con la que manifestarse, se la ha dado casi resuelta su intuición de las apetencias plásticas de nuestro tiempo.

Creemos no equivocarnos al juzgar a Picasso como un gran intuitivo. Un hombre que siempre ha creído que la verdad puede ser alcanzada por la capacidad de trabajo, y con la fuerza potencial de las posibilidades estéticas.

De sus palabras: «Yo no trabajo del natural, sino delante de la naturaleza, con ella misma» colegimos este ser artista «concluso y concluyente». Nada le es ajeno, y los valores de su tiempo los encuentra, o los encontrará, con este trabajar «con ella misma» —la naturaleza— en esta identificación absoluta y definitiva con el hombre como valor total.

Picasso ha planteado al arte de nuestro tiempo un problema capital: la dificultad de ir hacia delante —fíjense que apuntamos «dificultad» no «imposibilidad»—. Agotando caminos y escuelas para quién no sea el mismo, ha puesto al arte contemporáneo ante una encrucijada. El arte después de Picasso —estamos ya en este «después»—, deberá convertirse en algo rigurosamente nuevo. De ahí arranca el esfuerzo supremo que están realizando las nuevas y novísimas generaciones de pintores, para zafarse de su influencia, bajo la cual tantos han caído, al creerse genios, y no ser más que unos advenedizos en unas líneas cuya vitalidad ya aireada, les ha sido nefasta. De ahí el «arte otro», más allá de la plástica, y de ahí tantas experiencias pictóricas o extra-pictóricas como tendremos que ver, hasta que la estética de las formas alcance un nuevo y definitivo lenguaje. Picasso ha obrado en el arte de nuestro tiempo como re-

vulsivo. Bajo su influjo, han caído muchas posturas equí-

vocas, y aquellos que han querido ignorarle, faltos de genio la mayoría, y creando a un dictado trasnochado, han ido apergaminándose, ya que el tiempo les ha negado la vitalidad que respondiera a unas inquietudes de espíritu definidas.

Picasso por su forma fabulosa de creador, tiene muchos enemigos. Son los despechados, aquellos que han recibido directamente el impacto de su genio, y los ha dejado imposibilitados para seguir en la brecha de los dictados plásticos. Pero en el fondo, nadie puede negarle, al margen siempre de sus intereses individuales, que el artista ha efectuado en los últimos cincuenta años, una labor de síntesis y de vitalización de estéticas, gracias a la cual, y a la de otros pioneros del arte contemporáneo, se hablará tiempo a venir del arte de nuestra época. Sin él habría mucha confusión, y el confusionismo se habría convertido en un «ismo» más que incurrir en la lista de experiencias de nuestro primer cuarto de siglo. Con él hay claridad, concisión, fuerza pura con y para la naturaleza. En la misma, encontrarán ejemplo de esfuerzo creativo y de síntesis, aquellos que hollen nuevos campos estéticos hacia la solución de nuevas problemáticas.

De la exposición que se celebró en la Sala Gaspar, de pintura, dibujo, cerámica, mosaico y escultura, la muestra más completa es la de cerámica. Picasso obtiene en sus cerámicas resultados asombrosos, matices sorprendentes. Son esencialmente decorativas, pero en este decorativismo se esconde este improntu picassian que aparece en todas sus obras y transfigura todo lo que toca: el genio, por más que queramos es prácticamente imposible silenciarlo.

Su mosaico, «Las cuatro caras del fauno», es de una pujanza y un oficio acabados. En él, jugando con coloraciones sordas, obtiene un resultado austero, identificado con el recuerdo y la deuda de nuestra cultura, para con la civilización helénica.

Sus esculturas, saltan a la vista, son una faceta de artista total que hay en Picasso, pero indudablemente no la más feliz.

Hemos dejado para el final su obra pictórica, «Mujer desnuda en el balancín», de 195 x 130 cm., ya que concurriendo con una sola pintura, esta merece comentario sucinto. Picasso, en los momentos actuales, ha dejado —dentro lo que es posible «dejar» en un temperamento como el suyo— de lado su esencialismo, y su obra tiende abiertamente hacia un decorativismo, siempre contrapuntado con su agresividad ibérica. La obra es un interior, de ello nos da noticia la palmera, que, como fondo desligado del tema, sitúa el artista en el cuadro. Este desnudo en forma inarmónica es de una belleza quieta y de un estatismo plástico, ya superada toda problemática del cuadro. Sus rojos, verdes y grises, tienen la vitalidad de una estrella cuya existencia nos interesa como forma en sí y no como objeto de disquisición.

Picasso, el Picasso decorativo ya en su última fase sigue en pie. Creemos (?) que con este decorativismo, el artista va a cerrar una de las experiencias más extraordinarias que ha vivido el arte contemporáneo.

LUIS BOSCH C.

UNO